

Archivos de la filología: apuntes sobre el arquetipo de Karl Lachmann

Por Victoria Scotto (IdIHCS-UNLP)

La presente investigación encuentra su punto de partida en el trabajo realizado en mi tesina de Licenciatura en Letras, centrada en el examen filológico de ciertos aspectos de la discusión reciente en torno a la noción de “archivo”, poniendo especial atención al modo en que la misma propicia un renovado interés en la teoría por las prácticas de lo que tradicionalmente se ha denominado “filología”. En este sentido, la recuperación del marco teórico ya trabajado con anterioridad para definir qué relación existe entre la filología y su archivo se vuelve sumamente valioso para deslindar qué implicancias tuvo y tiene aún hoy el concepto de arquetipo textual para definir las tareas y el archivo de la filología.

Lo que ha sido denominado la “fiebre archivística” del presente (Ennis, 2013: 1) tiene que ver no sólo con el renovado valor otorgado al trabajo de archivo en las humanidades y los efectos que sobre el mismo tienen las sucesivas revoluciones tecnológicas que amplían y diversifican su horizonte, sino también con el impacto de las reflexiones teóricas sobre esta misma noción (como las de Foucault, 1969; Derrida, 1995; Agamben, 2000; Didi-Huberman, 2007; Assmann, 2008) que han producido un verdadero “giro archivístico” en las humanidades. Desde estos autores se han efectuado indagaciones teóricas a propósito del problema del archivo y de cuánto hay en él de búsqueda de la ἀρχή griega, del comienzo o de la forma originaria de una manifestación textual (Derrida, 1995: 9). La filología en tanto “archivística” (Lois, 2005: 47) ingresa en esta discusión como “otro” de la noción de archivo de la teoría contemporánea (Derrida 1995: 26); pero también ingresa como la forma por antonomasia de su indagación. Así, estas propuestas teóricas caracterizan a la filología como un acercamiento crítico a los textos y al lenguaje, de estrategias metadisciplinarias, cuestionadoras de las instituciones académicas que la fundaron como disciplina y de los materiales en los que basa su estudio (Agamben, 2004; Hamacher, 2011). Llegando incluso a la postulación de una “posfilología” (Warren, 2003), una “archifilología” (Antelo, 2012) o a la consideración de la crítica genética como un avatar de filología (Lois, 2005) se evidencia una forma nueva de la disciplina originada en las bibliotecas griegas en el siglo III a.C.

A propósito de este gesto crítico de revincular la filología al archivo y a lo que ella misma tiene de exhumación de un comienzo o forma originaria (Benjamin, 1991), Giorgio Agamben (2004: 205) propone que esto es característico de “todas las disciplinas crítico-filológicas que actualmente se denominan, con cierta impropiedad, ‘ciencias humanas’”. En “Programa para una revista”, para Agamben, “un conocimiento de la esencia y de la historia de la filología debiera ser la condición preliminar de toda educación literaria: y sin embargo es un conocimiento difícil de hallar incluso entre los filólogos” (2004: 202). Por este motivo, la relevancia de la indagación en términos históricos vuelca el interés necesariamente en aquellas figuras que han dado forma a la historia de la disciplina filológica: el mandato agambeniano fuerza a volver la mirada hacia quienes han marcado el devenir, entonces, de una suerte de matriz de las ciencias humanas (puesto que se trata de la disciplina matriz de todo trabajo con archivo).

La historia de los métodos, procedimientos y principios de la fijación de la tradición textual, una de las tareas primeras de la filología, es particular y está plagada de problemas y discusiones teóricas que la vuelven sumamente compleja (Orduna 2000; 2005; Pérez Priego, 2002). Sin embargo, sus tareas han sido fijadas desde hace dos siglos a partir de ciertos filólogos que institucionalizaron la disciplina en universidades europeas como crítica textual de textos de la Antigüedad Clásica, frecuentemente en desmedro de todo análisis de otras tradiciones (Utz, 2012: 4-5); es decir, en la Europa del siglo XIX, particularmente en Alemania, los filólogos académicos y su catarata de producciones se encargaron de institucionalizar a la filología como filología clásica. Desde entonces, ciertos manuales o historias de la disciplina que han resultado tratados fundamentales para estudiar la materia son, precisamente, las historias o manuales de filología que ocupaban los intereses de los eruditos que consolidaron a la filología como disciplina académica en el siglo XIX. Del mismo modo en que anteriormente a esta institucionalización la filología fue en gran medida bíblica (incluso hagiográfica) y luego sería vernácula y finalmente moderna (Pollock, 2015: 16), desde las obras de Pfeiffer (1968), de entre las más recientes, y remontándonos hasta los mandatos de exhaustividad de Friedrich Ritschl e incluso más aún hasta Friedrich Wolf y Richard Bentley (Güthenke, 2015: 267), la historia (académica e institucional, en fin, canónica) de la filología fue, durante mucho tiempo, la historia de la filología clásica.

Y por ello desde su surgimiento y con posterioridad a su institucionalización como disciplina académica, durante el siglo XIX, la filología ha sido considerada una disciplina encargada de mediar entre la construcción más amplia posible de

conocimiento textual y las técnicas especializadas de reconstrucción de textos antiguos con el objeto de comprender, explicar y restablecer la tradición literaria (Pfeiffer, 1968: 25). Este modo de hacer filología se vuelve una disciplina académica desde que la pretensión científica de “separar el grano de la paja” propuso metodologías para sistematizar la cantidad de manuscritos recogidos durante los siglos XVII y XVIII debido a la falta total de autógrafos producidos entre la Antigüedad y la Edad Media (Reynolds y Wilson, 1995: 114). Es decir: la filología no sólo es, según criterios heredados del siglo XIX, casi intrínsecamente clásica, sino que sus tareas son las propias de la reconstrucción de una era perdida, el trabajo de orfebrería de reconstrucción, re-tejido de textos destruidos hace ya largo tiempo.

Esta definición general, que podríamos calificar como resultante de un cierto sentido común acerca del tema de la práctica concreta de la disciplina filológica, provee por lo menos una característica central en la caracterización de sus objetivos: el de reconstruir para luego comprender, explicar y fijar la tradición literaria. Si la tarea inicial es precisamente reconstruir, el evento fundacional a este respecto es la primera puesta en escritura de un método de crítica textual, forma disciplinar de la filología: Karl Lachmann en el *Praefatio* a su edición de *Dererum natura* de Lucrecio (1850) (por supuesto, un texto clásico) caracteriza los lineamientos generales de lo que luego sería conocido como el “método Lachmann”.

En este texto Lachmann explica tanto la historia del texto que edita como el modo en que él mismo llevó a cabo la reunión de manuscritos disponibles, desarrolló su edición e interpretó su contenido. Según el método consignado allí, abstraído del caso particular del texto de Lucrecio, la tarea de la edición de textos antiguos es recrear de la manera más fiel posible el manuscrito hipotéticamente considerado como fuente común de toda una tradición manuscrita llegada hasta la actualidad. Esta exposición de método es un hito en la historia de la filología debido a que, si bien designa una práctica que se había comenzado a desarrollar en el siglo XVIII (Hernández Muñoz, 2008: 106-109), es una formulación escrita que resultará el paradigma de tratamiento de las manifestaciones textuales en un momento crucial de su historia; por lo menos hasta los primeros tardíos cuestionamientos que recibirá ya entrado el siglo XX. En palabras de Lachmann, la tarea de la crítica textual es describir el arquetipo textual, el manuscrito hipotético perdido, ejemplar base para los demás manuscritos. Desde este objetivo claro, reconstruir el arquetipo a través de indagaciones con pretensiones científicas, Lachmann pone por escrito el que luego sería conocido como “método *stemmático*”. La búsqueda

de este método se basa precisamente en realizar *stemmata* (árboles genealógicos) hipotéticos que ubiquen a los manuscritos de la tradición escrita que llega hasta los filólogos modernos en relación de mayor o menor cercanía con el arquetipo textual (juzgándolos por ello más o menos fiables en la medida en que se acercan o alejan de él). El método lachmanniano de crítica textual contiene dentro de sí tres grandes procedimientos a ser aplicados en la tentativa de reconstrucción de un arquetipo particular -*recensio*, *examinatio* y *emendatio*-. Estos tres procedimientos están encargados respectivamente de, primero, recoger todo el material de manuscritos disponibles; luego, de analizar en ellos las diferencias, buscar todas las variantes y alteraciones encontradas e hipotetizar su lugar en el *stemma* de la manera más rigurosa posible; finalmente, de enmendar o corregir aquellas diferencias que, de un manuscrito a otro, se consideren errores o variaciones azarosas de los editores que evitan el acercamiento fidedigno al arquetipo.

La propuesta del método de Lachmann y el ingreso del arquetipo como garantía de la objetividad perseguida en la *emendatio* fue continuada por Maas y representada por él durante el siglo XX, en el cual surgieron otros exponentes (como Clark, 1918) que, a través de reformulaciones menores, perpetuaron la pretensión de objetividad característica de la propuesta lachmanniana. El método stemmático y la edición de los manuscritos en función del arquetipo (inalcanzable por antonomasia) constituye un paradigma que se descubre aún hoy como el centro de las preocupaciones de una multitud de académicos que hacen crítica textual.

Y de hecho, la pregunta por el arquetipo textual, más allá de la generalidad del método lachmanniano; precisamente el télos mismo de su práctica filológica, ha ocupado un lugar central en los debates de la filología (Blecua, 1983; Quetglas Nicolau, 1985; Lázaro Carreter, 2005; Morocho Gayo, 2004; Rodríguez Adrados, 2008). Claro, no es simplemente el uso del término desde que fue acuñado (durante el desarrollo de la filología renacentista, por Erasmo de Róterdam) como desde que Lachmann lo propuso como el punto de llegada de su “crítica objetiva”.

Es interesante remarcar, sin embargo, que no es Lachmann quien propone por primera vez la reconstrucción del arquetipo como paradigma de trabajo. En su libro *La genesi del método Lachmann*, de 1963, Sebastiano Timpanaro relata los diversos trabajos que, años antes de que Lachmann siquiera comenzara su edición de Lucrecio, tanto Schlyter (en 1827) y Zumpt (1831) como Ritschl (1832), Madvig (1833), Purmann y Bernays (ambos en 1845) (estos últimos cuatro referencias citadas por el propio Lachmann en su

Praefatio) habían utilizado en sus trabajos la categoría de arquetipo. Y precisamente para referirse al manuscrito “base”, idéntico al autógrafo del cual derivan todas las demás copias. ¿Cuál es la novedad del aporte de Lachmann entonces?

La relevancia del concepto de arquetipo en el uso que Lachmann propone está ligada, sin lugar a dudas, a una propuesta a todas luces metódica, incluso pedagogizante. El proyecto lachmanniano busca establecer, para una disciplina encargada de reconstruir un aspecto de la cultura, no sólo un objetivo claro sino un método de alcance. El *Praefatio* en el cual está contenido este “programa” para la tarea filológica no solamente relata el examen a los que los predecesores de Lachmann sometieron los manuscritos accesibles en ese momento; es también una reseña de los errores que cometieron, una instancia de redirección de sus esfuerzos, una especie de evaluación presentada en términos de síntesis dialéctica de la historia misma de la obra de Lucrecio. Es esta sistematización expositiva, ejemplar, uno de los pocos elementos certeros en medio de una “contribución a este preciso respecto muy limitada y aún incierta” (Timpanaro: 116). Los atentos lectores de este prefacio buscaban sin duda pasos a seguir, y en efecto las metodologías indicadas por Lachmann fueron, en las seis décadas que siguieron, atentamente seguidas como el método filológico más rigurosamente científico de cuantos se habían diseñado hasta el momento (según expresa Morocho Gayo, 2003: 98). Basta con mencionar los siglos de desarrollo de la fundación de la filología como disciplina académica para comprender el por qué del atractivo de que Lachmann llame “crítica objetiva” a su método. El paradigma lachmanniano no encontró hasta entrado el siglo XX más que adhesiones debido a su pretensión “objetivista”. Como explica Gaspar Morocho (Íbid: 99) “la crítica textual se ha escrito siguiendo los postulados teóricos de Lachmann o atacándolos”. Las discusiones abiertas por Joseph Bédier (1913), Dom Quentin (1926), Alphonse Dain (1930), Giorgio Pasquali (1934) o Hermann Fränkel (1950, 1964) que organizaron los lineamientos más importantes de estudio de la filología durante el siglo XX, se originan como críticas al método lachmanniano: en el período marcado por sus trabajos, Lachmann es discutido o aprobado, pero funciona como la base fundamental de la teoría filológica. Las discusiones abiertas por Bédier, Pasquali, y Fränkel, entre otros, debaten como una cuestión central la existencia o mera relevancia del arquetipo. Aún más, el modelo del arquetipo y el procedimiento del *stemma* lachmanniano perdurarán en la lingüística –a partir de su emancipación epistemológica e institucional de la filología– tanto en el paradigma histórico-comparativo (Errington, 2008) como en el estructural (con el

stemma de Tesnière) o eventualmente en el generativista (con el diagrama arbóreo chomskyano).

De hecho, aún es posible hablar de “neolachmannismo” para calificar una gran cantidad de estudios y ediciones de crítica textual contemporáneos (Morocho Gayo, *Ibid.*).

Ciertas recepciones actuales de Lachmann (desde el mencionado libro de Timpanaro, al poco ortodoxo manual de Paolo Trovato, de 2014) retoman su figura como una suerte de prócer de la filología, de piedra angular sobre la cual se construyó el “verdadero asunto de la crítica textual” (Trovato, 165). Enunciada por el propio Trovato como “la escuela de filología italiana”, esta postura se enuncia como enemiga de los postulados de la nueva filología (que identifica con corrientes comenzadas por las perspectivas deconstruccionistas derridianas e “importadas” hacia la filología a través de figuras como Bernard Cerquiglini). Esta escuela que se propone como heredera del legado lachmanniano, llega incluso a aseverar la deshonestidad intelectual de cualquier estudioso de la literatura que no considere como su primera tarea la fidelidad a la voluntad autorial radicada en el arquetipo. Voluntad autorial que, en palabras de Tanselle, otro neolachmanniano, “es la verdadera motivación de toda erudición civilizada” (Trovato:74).

Importantísimos aportes dirimen la pretensión de objetividad, la caracterización disciplinar o la relevancia de sus productos de erudición a partir de la consideración o no del arquetipo dentro de sus esquemas teóricos. El arquetipo es un asunto sumamente relevante en la historia de la filología; incluso, es un problema que puede relevar modos de construcción de pretensión científica y de estructuración teleológica de la disciplina filológica y la relación de esta con otras disciplinas vinculadas a ella. Indagar en estas cuestiones es recuperar el contexto de gestación de una disciplina central para las ciencias humanas, pero también permite reconocer las problemáticas que, de manera más o menos explícita, funcionan como basamento de las formas contemporáneas de hacer filología: la búsqueda del arquetipo, desde 1850 y hasta el último estudio neolachmanniano, se centra en la voluntad del hallazgo de una forma originaria dentro de un archivo textual de manuscritos que han sobrevivido. La memoria de ἀρχή guardada dentro de la palabra “archivo” (Derrida, 1995: 10) es la misma que resuena en “arquetipo”: se trata de la búsqueda del origen perdido, que contiene dentro de sí el peso de una verdad primaria. Esta forma de “verdad” ha asentado una gran cantidad de ediciones de textos como formas fijas que se pretenden fieles a hechos culturales del pasado, consolidando así una tradición textual que funciona como telón de fondo para

los estudios académicos en Occidente de manera extendida. Sin embargo, en este sentido, los enfoques contemporáneos antes mencionados acerca de la filología como una herramienta de construcción de perspectivas teóricas críticas se ocupan de deconstruir precisamente aquellos aspectos de la filología tradicional que evidencian una falta de problematización de la posibilidad de conocimiento del propio objeto (que, en el caso de la filología, coincide con el corpus textual fijado). Es decir: las afecciones que generó la propuesta del método filológico de Lachmann trazan una red sumamente compleja que a los fines de este trabajo es necesario deslindar no sólo para conocer de qué manera se manifestó en relación a la filología y tantas otras disciplinas, sino fundamentalmente para vislumbrar cómo afectó los propios conceptos de cultura y de tradición para la filología, y cómo afecta esto aún hoy a los teóricos de las humanidades. Las discusiones contemporáneas en torno a la filología, desde los aportes de Derrida (1995) hasta Antelo (2015), pasando por Assmann (1998), Agamben (2004), y Hamacher (2011), entre muchos otros, han ido transformando sin lugar a dudas las experiencias de trabajo a propósito de la disciplina que ellos mismos definen: el objeto de la filología para estos autores ya no sólo implica el estudio, conservación y transmisión de textos antiguos sino que involucra una serie de prácticas indagatorias a propósito del estatuto epistemológico de la propia tradición textual, lo cual resulta sumamente valioso para un análisis crítico de un aspecto particular de la historia de la filología. Repensar desde la contemporaneidad, desde el pensamiento posestructuralista, postdeconstruccionista, si se quiere, puede permitir concebir dentro de la historia de la filología no sólo los rostros que la disciplina fue tomando en los últimos dos siglos, sino los mandatos que aun hoy seguimos arrastrando en nuestros modos de pensar “filológicamente”.

En palabras de Antelo en su conferencia inaugural de las Jornadas Internacionales “Las Lenguas del Archivo”, la aspiración a ser “archifilólogos”, “filólogos del porvenir”, incluye necesariamente el deber de volver a traer a cada instante actual a la historia, con el objetivo de pensar, de aquí en adelante, cómo la historia de la filología es la historia de un “futuro ya pasado”, que contiene en sí misma los mandatos políticos que interpelan hoy no sólo a filólogos, docentes, académicos, sino a todo estos como sujetos políticos ávidos de memoria en un tiempo de amnesia obligatoria.

Bibliografía

- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-textos.
- (2004). “Programa para una revista”. *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Antelo, R. (2012). “Para una archifilología latinoamericana”. En: *Cuadernos de literatura latinoamericana*. Vol. XVII Nro. 33.
- Assmann, A. (2008). “Cannon and archive”. En: Erll, A. y Nünning, A. *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Bédier, J. (1913). “Introduction”. *Jean Renart. Le lai de l’Ombre. Publié par Joseph Bédier*. Recuperado de <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5180f/f3.image>
- Benjamin, W. (1991). „Ausgraben und Erinnern“. *Gesammelte Schriften*, ed. de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser. Frankfurt am Main: Suhrkamp, tomo IV: *Kleine Prosa. Baudelaire-Übertragungen*; 400.
- Blecua, A. (1983). *Manual de crítica textual*, Madrid: Castalia.
- Clark, A. C. (1969 [1918]). *The descent of manuscripts*. Oxford: Clarendon Press.
- Dain, A. (1930). *Les manuscrits*. Paris :Le belle lettre.
- Derrida, J. (1995). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Didi-Huberman, G. (2007). „Das Archiv brennt“. En: Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.). *Das Archiv brennt*. Berlín: Kadmos.
- (2010). *Ante la imagen. Pregunta formulada a los efectos de la historia del arte*. Murcia: CENEDEAC.
- Ennis, J. A. (2013). “Reseña bibliográfica: Nadia R. Altschul (2012). Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic.” *Revista argentina de historiografía lingüística*, V, 1, 77-84.
- Errington, J. (2008). *Linguistics in a colonial world*. Michigan: Wiley-Blackwell.
- Foucault, M. (2013 [1969]). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fränkel, E. (1964). *Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonios*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht.
- Fränkel, E. (ed.) (1950). *Aeschilus. Agamemnon*. Oxford: Clarendon Press.
- Gumbrecht, H. U. (2003). *Powers of philology*. Illinois: Illinois University Press.
- Güthenke, C. (2015). “Enthusiasm dwells only in specialization”: classical philology and disciplinarity in nineteenth-century Germany”. En: Pollock, S.; Elman, B. A. and Kevin Chang, K. (eds.) *World philology*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Hamacher, W. (2011). *95 tesis sobre la Filología/ Para –la filología*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Herrero Llorente, V. J. (1988). *Introducción al estudio de la filología latina*. Madrid: Gredos.
- Lachmann, K. (1882 [1850]). *In T. Lucretii Cari De rerum natura. Libros commentarius*. Berlín: G. Reimer.
- Lois, E. (2005). “De la filología a la genética textual”. En: *Archivos. Cómo editar la literatura latinoamericana del siglo XX*. París: CRLA-Archivos, 2005.
- Maas, P. (2010 [1929]). *Textkritik*. California: B.G. Teubner.
- Morocho Gayo, G. (2004). *Estudios de crítica textual*. Madrid: EDITUM.
- Orduna, G. (2000). *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*. Kassel: Edition Reichenberger.
- Orduna, G. (2005). *Fundamentos de crítica textual, ed. de Leonardo Funes y José Manuel Lucía Megías*. Madrid: Arco/Libros.

- Pasquali, G. (1934). *Storia de la tradizione e critica del testo*. Firenze: Felice le Monnier.
- Pérez Priego, M. A. (2002). *La edición de textos*. Madrid: UNED.
- Pfeiffer, R. (1968), *Historia de la Filología Clásica*. Madrid: Gredos.
- Pollock, S. (2015). "Introduction". En: Pollock, S.; Elman, B. A. and Kevin Chang, K. (eds.) *World philology*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Quentin, D. (1926). *Essais de critique textuelle*. Paris : Picard.
- Quetglas Nicolau, P. J. (1985). *Elementos básicos de filología y lingüística latinas*. Barcelona: Editorial Teide.
- Reynolds, L. D. y Wilson, N. G. (1995). *Copistas y filólogos*. Madrid, Gredos.
- Rodríguez Adrados, F. (2008). *Veinte años de filología griega. 1984-2004*. Madrid: Consejo Superior de investigaciones científicas.
- Timpanaro, S. (1963). *La genesi del metodo del Lachmann*. Firenze: UTET Universita.
- Trovato, P. (2014). *Everything you always wanted to know about Lachmann's method*. Padova: libreriauniversitaria.it.
- Utz, R. (2012). "Them Philologists: Philological Practices and Their Discontents from Nietzsche to Cerquiglini" *The Year's Work in Medievalism* Vol. 2012. Recuperado de http://works.bepress.com/richard_utz/144/
- Warren, M. R. (2003). "Post- philology". En: Ingham P. C. y Warren, M. R. *Postcolonial moves: medieval through modern*. New York: Pallgrave Macmillan.